

Actualmente trabaja como obrero en múltiples faenas de su huerto. Trabaja como agricultor y ha transformado su huerto—dentro de la mente—en un laboratorio. Como Profesor, su clase es un campo de labranza. Obra de fermentación que decía Vaz Ferreira.

Hay algo que lo caracteriza: su modo humilde de vestir. Hay un vehículo que prefiere: la motocicleta. Hay algo que bulle sin cesar en su mente: un problema, una negación, la fe en una obra posterior.

Hay un amor poético en él: sus hijos. Hay un obstáculo frente a sus empeños: la mala salud.

De viejo imagino que se parecerá mucho a Burbank por la sabiduría que llegará a sorprender en la vida de las plantas.

Este libro refleja fielmente el modo de preocuparse de Carazo. Allí está viva la movilidad de su mente, de continuo solicitada a la acción por múltiples sugerencias. Su rebeldía nativa rompe en las páginas lo que a él le parece el prejuicio de la forma.

Lo que el libro valga o signifique por referencia a la verdad de sus conclusiones, no sé yo decirlo. La zona de que trata es extraña a mis estudios. De las ciencias, con la educación—cuya sustantividad se discute—me ha interesado la psicología. En otros campos no me atrevo a dar ni un paso.

Ni siquiera sé lo que el libro valga como exposición de un método de trabajo. A lo sumo podría hablar yo de la sinceridad con que ha sido escrito. La sinceridad de Carazo es de una transparencia nítida. Y en presencia de la vida de las plantas esa sinceridad se descifra de toda sujeción para enardecerse a impulso de un amor cargado de intuiciones que lleva a Carazo hasta el delirio de conversar al oído de las corolas... Esto es algo más que un modo de decir: es una realidad, y en las noches de este hombre, allá en la soledad de su huerto, es uno de los encantos de su espíritu.

Puede haber algún interés en señalar el hecho de que se publica este trabajo en los mismos días en que el Profesor Mc. Dougall, sucesor en cierta manera, en Harvard, de James y de Münsterberg, formula la teoría hormonal, que supone, para aplicarla a la psicología, una concepción de la vida similar a la de Carazo. Aquél en los animales. Este en las plantas.

Pero a mí sobre todo me complace dar una idea del hombre en cuya juventud admiro uno de los valores nuevos más ricos y fecundos de mi país. Este amigo mío ha venido y va buscando algo grande que ya está en él, en espera de una circunstancia que lo induzca a la eclosión en plenitud de luz. En tal concepto el libro me impresiona como un pretexto de Carazo para profundizar en su misma necesidad de crear y obligarla, concretándola, a aumentar su ímpetu, a medir su trayectoria y a vislumbrar, con su dolor, su gloria.

Ya escrito lo anterior, Carazo lo ha leído, y ha declarado que no le satisface la expresión empleada al hablar de su carácter. Dice que es grosera y que este libro puede llegar a las manos de los niños. Que, además, él la usa entre amigos y casi confidencialmente.

El no sospechaba que yo aprovecharía su apreciación para completar estas impresiones, mostrándolo en el aspecto más seductor que para mí tiene, por sobre su talento, por sobre su idealismo, y que es su íntima pureza, propia de un niño. Da un símbolo de esta modalidad de su ser el cariño que siente hacia las rosas,—profundo. Y allí arraigan, fundamentalmente, sus concepciones del permanente milagro de la naturaleza, y allí se nutren los caudales de su preocupación filosófica: en el arte de mirar la era y el paisaje con el candor de un niño, y de sentir así el trémolo con que la vida discurre en nuestro interior. Sólo que sus ojos cuando miran el mundo, como por la primera vez, en realidad lo han contemplado dentro de sí mismos infinitamente.

OMAR DENGO

(Prólogo del tomo *De la Vida de las Plantas*, S. J. de Costa Rica, 1924).

Lo nacional y lo humano en la cultura

La cultura responde a necesidades variadas; o a la persecución desinteresada de la verdad, o a la creación artística o a la aplicación utilitaria del conocimiento de la Naturaleza o a la formación del pensamiento y el carácter de un pueblo. Sólo las dos últimas modalidades (y la penúltima, más en la intención que en los hechos), tienen verdadera función nacional, de provecho propio. Las otras son utilizadas por la Humanidad entera; el patriotismo y el anhelo de hacer mejor a la propia colectividad juegan poco en ellas, pero, además, salen en seguida del país.

Por eso ellas sólo no explican el ver-

dadero estado de cultura de un pueblo. Pueden haberse producido muy lozanas y no haber influido nada en la formación del alma nacional. Pueden haberse creado un país, una filosofía profunda y elevada, y ser su pueblo de sentimientos y conducta inferiores. Lo fundamental es averiguar qué ha hecho de un pueblo su cultura científica, literaria y artística. Que la tenga o no original, es secundario.

RAFAEL ALTAMIRA.

(*Revista Universitaria del Litoral*, Rosario, Rep. Argentina).

González Martínez aplaude una obra nacional

LEGACION DE MEXICO

BUENOS AIRES

Buenos Aires, 21 de diciembre de 1923.

Mi querido Sotela:

Le agradezco profundamente el envío de su libro *Escritores y poetas de Costa Rica*. Ha prestado usted un servicio a su patria y otro servicio muy señalado a quienes tenemos tanto interés como ignorancia de la producción hispano-americana. Nuestros conocimientos son tan fragmentarios, que resultamos extranjeros los unos para los otros en estas benditas tierras de América.

Estos trabajos de divulgación literaria, formados a conciencia y con criterio culto, son tanto más loables cuanto que para emprenderlos se necesita una aptitud que casi siempre se ha consagrado ya a la obra propia. Dedicar parte de la actividad espiritual a comentar las obras ajenas, es generoso impulso y raro desinterés. Es el caso de usted, que con su labor de poeta y de prosista a costas no estaba obligado a rendir tan fervoroso homenaje a sus compatriotas y compañeros espirituales.

Por ello, y por el gran acierto con que su libro está forjado, le envío mis cariñosas felicitaciones.

Ya sabe que siempre lo quiere y admira,

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.

P. S.—Un abrazo para García Monge y otro para Brenes Mesén.—Vale.

Señor don Rogelio Sotela.

San José, Costa Rica.

